



Domingo 19.01.14
LAS PROVINCIAS

TRIBUNAS

OPINIÓN | 39

Periodismo, UNESCO, apartheid, infinitesimal

HUGO AZNAR

PROFESOR DE ÉTICA DE PERIODISMO Y CC. POLÍTICAS DE LA UNIVERSIDAD CEU CARDENAL HERRERA.

Quizás usted esté leyendo estas líneas porque hayan llamado su atención las palabras del título y tenga curiosidad por ver qué las relaciona. Comienzo diciéndoles que soy profesor de ética periodística. Un singular oximoron (por si acaso: Combinación en una misma estructura sintáctica de dos palabras o expresiones de significado opuesto, que originan un nuevo sentido; RAE dixit), que si la gente recuerda es porque había un espacio humorístico dedicado a ella en un programa de prime time hace algún tiempo. Desde entonces hasta esa referencia ha desaparecido, con lo que no sería de extrañar que le cueste imaginar qué puedo enseñar en mis clases.

Algunas de estas clases las dedicamos a presentar los códigos de ética periodística más relevantes tanto nacionales como internacionales. Porque existen y los hay muy buenos. Uno de ellos es, precisamente, el de la UNESCO. Les cuento brevemente que después de un arduo proceso que incluyó recopilar, contrastar y unificar códigos de ética periodística de todo el mundo, se elaboró una versión común que, tras varias reuniones, fue finalmente aprobada en París en 1983 por todas las grandes organizaciones de periodistas del mundo.

El Código recoge los deberes habituales de ética periodística: verdad, secreto, intimidad, etc. Pero hay algo que lo hace singular: sus dos últimos artículos. En ellos se manifiesta el voluntarismo de la UNESCO de entonces (pronto sería una de las primeras víctimas de la cruzada neoliberal que estranguló sus fuentes de financiación) al recoger en ellos los grandes males de la humanidad contra los que el periodismo debería luchar siempre. Reflejan una concepción del periodismo como fuerza transformadora para bien que hoy difícilmente atribuiría nadie ni al periodismo ni casi a ninguna otra cosa. Así como la fe en la capacidad de la verdad para producir cambios al revelarnos lo que otros querían mantener oculto.

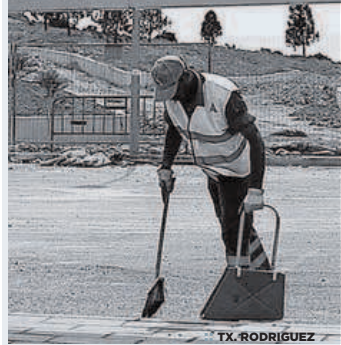
Entre los grandes males que la UNESCO menciona en su Código la mayoría no necesitan explicación: enfermedades, hambre, guerras, carrera armamentística (aquí suele ser necesario recordar la Guerra Fría); pero hay uno que sí. En el Código aparece recogido entre esos males el del apartheid. Al alumno que lee hasta suele costarle pronunciar la palabra y, quitando los más despiertos –creo que este año levantaron la mano cinco–, el resto no suele haberla oído nunca –antes del reciente fallecimiento de Mandela– ni volverá a oírlo en años.

Leyendo este quizás usted haya pensado algo así como «qué mal preparados están los estudiantes de ahora», «cuánta incultura hay entre los jóvenes», etcétera. Cuando hablo como mis colegas en el comedor universitario solemos lamentar esto mismo: ¡tendrían que oírnos! Pero vayamos más despacio.

Si nos preguntamos por la imagen más profunda que tenemos grabada las personas de mediana edad acerca de Sudáfrica seguramente nos vendrá a la mente la de las matanzas y represiones brutales del período más reciente del apartheid. No es



nto promocional y Plan Prever Gasolina.



TX. RODRÍGUEZ

que fuéramos más cultos o personas más interesadas. Es que cuando te sentabas delante del televisor a ver las noticias lo que veías eran esas imágenes y las informaciones denunciaban el último régimen político del planeta que había hecho de la discriminación racial un sistema de poder mantenido a sangre y fuego. Si usted es algo más joven recordará también las películas que vio al respecto o incluso podrá tararear algunas de las canciones que se corearon en todo el mundo para denunciar ese régimen e impulsar el boicot internacional que tanto hizo por acabar con él. Ese fue nuestro tiempo.

Los jóvenes de ahora no vieron esos informativos y si han escuchado esas canciones no saben su origen, por tanto no es extraño que la mayoría no sepa qué fue el apartheid (para que lo aprendan también están las clases y la utilidad de ir a ellas). Lo que a ellos les viene a la cabeza no son esas imágenes: hasta la muerte de Mandela seguramente no las habrían visto nunca. Ellos tienen en su cabeza otras completamente diferentes: las de la primera victoria de España en un Mundial. De modo que no es tanto que estos jóvenes sean incultos sino más

bien que el mundo cambia y por tanto también los recuerdos y los conocimientos.

‘Que el mundo cambia’, si todo lo que llevo escrito fuera para llegar a esta conclusión tengo por seguro que ya no leerían más. Pero esperen. No sólo cambia sino que puede cambiar a mejor. Que en una generación o dos la memoria asociada a un país haya cambiado tanto (del horror de las matanzas a la sana trivialidad del deporte), y además para bien, es una evidencia de que las cosas pueden cambiar y pueden hacerlo a mejor.

Y en esto les insisto a mis alumnos cuando repasamos este Código de ética periodística y nos detenemos en esta palabra. Me sirve para llamar su atención sobre lo que hasta ahora parecían castillos en el aire. Les recalco que ese cambio no dependió de un suceso fortuito de la naturaleza sino de la convicción y el esfuerzo de algunos por cambiar aquello que debía ser cambiado a mejor. Mandela condensaba en su persona el compromiso, la coherencia, el sacrificio y el éxito final de esa convicción y de esa voluntad de cambio, como otras grandes personalidades de la historia. Sin él probablemente el cambio no hubiera tenido éxito. Pero seguro que tampoco lo habría tenido si esa convicción no hubiera sido compartida por muchos más; si otros muchos miles no hubieran sufrido por ello en Sudáfrica y otros millones no se hubieran solidarizado con su causa en todo el mundo.

En estos momentos de tantas dudas, de tantos sentimientos encontrados derivados de la sensación de crisis y sobre todo de la falta de esperanza en que las cosas puedan cambiar y mejorar, es fundamental recordar la acción de quienes se han esforzado por cambiar las cosas a mejor; cosas infinitamente más difíciles, injustas y brutales, como aquel régimen. La comparación puede ofender, pero en ella también hay una lección: cada lugar y circunstancia tiene sus acciones para mejorar el entorno. El caso sirve bien, primero, para reconocer la acción de los grandes hombres y su impagable contribución a la historia común. Pero también para recordar el papel que cumple la más humilde y sencilla acción cotidiana de otros muchos, desde quienes secundan un boicot o negocian poner esta palabra en un Código de ética para periodistas...o quienes luego lo aplican en su trabajo diario.

A estas alturas de clase los alumnos ya están inquietos y se remueven en sus asientos con el ánimo de salir a estirar las piernas o contestar el móvil. Confío que retengan algo de la necesidad de que su profesión, como cualquier otra, esté guiada cotidianamente por los principios y las normas de la ética. Y que recuerden también, algo aún más difícil en este contexto tan escéptico, que ese esfuerzo a veces tiene éxito a corto plazo y casi siempre a más largo plazo. De lo contrario, no estaríamos aquí.

Al terminar recojo el libro de los códigos y pienso que la clase ha podido servir de algo, y que todos podemos hacer una contribución a que las cosas vayan mejor aunque sea infinitesimal y aunque las grandes hazañas (y los grandes males) estén reservados a unos pocos. De ahí la última palabra del título, la que nos corresponde.

TRAZOS
IGNACIO GIL LÁZARO

Una intención trucada

El auténtico problema valenciano sería un gobierno tripartito de izquierdas



El Secretario General del PSPV pretende crear «el problema valenciano» para hacer que la Comunitat alcance visibilidad en el conjunto de España. Tamaña ocurrencia es la base de su oferta como aspirante a presidir la Generalitat si es que primero consigue ser elegido candidato por los suyos. El dirigente socialista parece entender que la mejor forma de vertebrar la convivencia interna de la sociedad valenciana y la incardinación natural de esta en el ámbito de la nación española consiste en imitar el método de enfrentamiento que tantas heridas ha causado en el marco de la realidad vasca y catalana. Semejante propósito es sin duda un dislate mayúsculo. La función esencial del gobernante consiste en limar asperezas para evitar el conflicto. Alimentarlo o provocarlo a cuenta de un interés propio es de suyo inaceptable. Sin embargo sería un error concluir que el anuncio del señor Puig trae causa en la necesidad o es el desliz absurdo de un ejercicio de verborrea atollonada. Desde luego cabe deducir que subyace en su discurso una intención muy clara. El señor Puig sabe de sobra que no va a ganar las elecciones autonómicas del año próximo. El señor Puig sabe de sobra que su única posibilidad entonces pasaría por inclinarse ante Compromís y EUPV si es que el Partido Popular no alcanzara la mayoría absoluta. El señor Puig sabe de sobra que para forjar tal entente ha de asumir una deriva de carácter ultranacionalista asentada en el catalanismo cultural y político. El señor Puig se ha limitado pues a utilizar una terminología conceptual afín a los planteamientos de sus izquierdas vecinas y de un amplísimo sector de su propio partido que aquí aún se llama ‘del País Valencià’ con todo lo que ello comporta. En definitiva la apuesta del señor Puig requiere poner ciertas cosas negro sobre blanco. Compromís se asemeja cada día más a Esquerra Republicana de Catalunya y ese parecido aumentará de manera creciente. La amalgama ideológica radical de EUPV asume el llamado ‘derecho a decidir’ que es el punto de partida del independentismo catalán. A su vez las fuerzas sindicales dispuestas a favorecer la viabilidad del tripartito comparten también la óptica pancatalanista construida sobre la reivindicación de una supuesta identidad lingüística que nos anula como pueblo. Algunas además esgrimen un inquietante tono de manipulación ideológica y autoritarismo doctrinario como se ha demostrado en estos días al conocerse el manual de instrucciones elaborado por el Sindicat de Treballadors del Ensenyament del País Valencià que sería el interlocutor principal de un Consell tripartito y quien fijara la orientación de sus políticas educativas. Por eso del esbozo estratégico del señor Puig se desprende de nuevo que el verdadero problema valenciano sería soportar las consecuencias de un tripartito de izquierdas gobernando a ritmo de sardana y a golpe de prensa de 2010/2004/1500/26